



**Antonio Martínez Martínez, 66 años.**  
**Natalia Ibáñez De Diego, 21 años.**

## El tranviario

Antonio Martínez es un niño con el disfraz de un jubilado: habla de su vida con la voz de la experiencia pero es sus pequeños ojos azules deslumbra el brillo de la ilusión. Ilusión por vivir y también por contar lo que ha vivido, que ha sido mucho: Antonio fue tranviario en Madrid durante 40 años y los recuerdos son abundantes. Hoy Antonio es un juglar ansioso de relatar el día a día de un Madrid que no está tan lejano como pensamos... historias de lo cotidiano, historias de picaresca, de chantaje, de amores, de decepciones... "A veces pienso que me pasaban tantas cosas para poder escribirlas" afirma Antonio; y es que lo que más le gusta es escribir, dejar constancia de su aventura tranviaria.

La primera vez que le vi traía una bolsa. Yo no sabía lo que había dentro, pero supuse que era algo muy importante porque lo guardaba con recelo. Cruzamos unas palabras tímidas, difíciles, mientras nuestra primera conversación tomaba forma. Tras las presentaciones y sólo cuando se fió de mí, se sentó y puso sobre sus rodillas aquella bolsa. Dentro tenía otra bolsa. Daba la impresión de que se estaba quitando su propia coraza... y sacó un libro, su libro... su vida.

Antonio se enfada si le digo que es escritor, porque afirmarlo sería desprestigiar su viejo oficio de tranviario, ese que tantas anécdotas le ha regalado. Recuerda con claridad el día que se enamoró en el tranvía; en realidad nunca más volvió a ver a esa mujer, pero en su libro la historia la decide él: vuelve a verla en otro trayecto y se casan. Antonio cuenta su experiencia como conductor, pero también deja entrever sus ilusiones, sus sueños, sus miedos... su vida.

"El Tranviario" es la recopilación de anécdotas que nos acercan al Madrid de los 50, que nos enseñan cómo éramos, cómo vivíamos y cómo evitábamos al cobrador en esos años de necesidad. Los titiriteros que se rascaban con ganas los piojos para hacerse hueco en el tranvía, el cobrador que revendía los billetes usados para conseguir un sobresueldo, los inspectores de fácil chantaje, la cuesta de la calle Toledo... "No puede ser que lo que tengo en la memoria se pierda" afirma el autor.

Este jubilado sabe contar historias, y tiene muchas que contar. De hecho, "El Tranviario" es la segunda parte de una trilogía: "Los que nunca fuimos niños", "El Tranviario" y "Hachas afiladas". Nunca podré adivinar si Antonio transforma lo cotidiano en especial o es que simplemente le pasan cosas especiales. Lo que está claro es que cuando conoces su historia, ya no ves al conductor del autobús como lo veías antes, ahora es "Antonio", el que conduce, el que observa, el que canta durante el viaje si está contento.

En 1963 entró a trabajar como tranviario y en su primer día ya le pasaron anécdotas que hoy recuerda con claridad. Un día el inspector "Tragaldabas" le hizo un parte por llevar churros sin viajero: la churrera pagaba su billete y dejaba en el tranvía sus cestas llenas de porras, que debían llegar a la parada donde se encontraba el bar al que se dirigía el manjar. Si todo salía bien, Antonio y "El Reumas" desayunaban gratis. "El Reumas" era el cobrador que le acompañaba y le llamaban así porque andaba muy raro, casi tocando el suelo con las manos. Antonio descubrió que no era una enfermedad, sino su situación: "El Reumas" tenía siete hijos y su sueldo no podía alimentarlos a todos; necesitaba más dinero y revendía los billetes usados que recogía



“disimuladamente” del suelo. Algún inspector sabía lo que hacía, pero a cambio de una buena propina se le olvidaba todo y allí no pasaba nada.

Los gitanos también se las ingeniaban para no pagar. Un día, el inspector reclamaba el billete de un niño de unos 12 años. La madre argumentaba que era demasiado pequeño para pagar, que todavía estaba en edad de mamar. “¡Señora, que este niño tiene por lo menos 12 años!” le recriminaba el inspector. Ni corta ni perezosa, la gitana cogió a su “bebe” y lo puso a mamar de su pecho... “¿Ve usted como es mamantón todavía?” le dijo ella. Tal fue el espectáculo que los demás viajeros le pagaron el billete entre risas.

“Trece-trece” era el número identificativo que Antonio llevaba en la gorra. “Nadie me conocía por mil trescientos trece, era un número muy alto que pocos sabían leer, así que yo era el “trece-trece”. Con esa cifra en la cabeza también le pasaron cosas desagradables, pero él nunca culpó a su número: “Había días buenos y malos; cada día pasaba muchísima gente por el tranvía y era normal que pasara de todo”. El hijo del boticario tenía la manía de ir por delante del tranvía con la bicicleta entorpeciendo el paso. Un día de lluvia y niebla el chaval se resbaló y tuvo lugar el accidente.

Pero los años pasaban y el volante de freno iba envejeciendo entre sus manos, durante las curvas y las paradas. La campanilla que daba la señal de salida se oía cada vez más lejana y la manilla iba más dura. El Tranvía dejaba paso al moderno y veloz autobús, y Antonio tuvo que despedirse de ese compañero con el que tantos kilómetros había recorrido.

Un día, conduciendo en la línea H (Aluche - Universidad de Somosaguas) Antonio cantaba porque brillaba el sol y porque no llevaba viajeros que le oyeran. Recogió en Aluche a los jóvenes que se dirigían a sus clases y le pasó algo que él califica de “impresionante”: el autobús iba completo, no cabía ni una persona más y se acercaba a una rotonda demasiado rápido. Dio un volantazo. Los viajeros aprovecharon para rozarse y acercarse un poco más. Antonio confiesa que, justo en ese instante, pudo oler las feromonas en el ambiente, y se dio cuenta que también somos animales. Aunque en realidad él no sabe qué son las feromonas, él llama a ese olor que no se le ha olvidado “amigas agarradas”.

Aun no se le ha olvidado ese olor, y es que a Antonio no se le ha olvidado nada de sus días como tranviario, su buena memoria y su pasión por la escritura le convierten en una persona muy especial. Vive el presente con alegría, y recuerda el pasado con añoranza. Este joven con muchos años desea volver a ver un tranvía circulando por Madrid, y se imagina un viajero pasando las páginas de un libro con intriga e ilusión. Sueña que ese libro es “El Tranviario”, el libro que cuenta su pasado, sus ilusiones, sus aventuras...su vida.

## Lo importante de la vida

El centro intercultural Francisco de Goya rebosa tranquilidad y alegría en cada rincón. Los mayores bailan chotis en la planta baja mientras los jóvenes preparan sus exámenes en el primer piso. En la cafetería algunos discuten sobre el fútbol, otros juegan al guiñote y otros simplemente charlan. Antonio se considera afortunado de tener un lugar así tan cerca de su casa. “Es fantástico poder venir aquí y pasar un rato agradable con los amigos”, afirma.



Este centro de Carabanchel Alto le ha devuelto la ilusión. Al hacerse mayor fue dejando de lado su pasión por la escritura, pero sus conversaciones en la cafetería del centro le han hecho recordar todo lo que ha vivido. Hubo un tiempo en que quemaba lo que escribía, porque pensaba que no valía para nada, sin embargo, la necesidad de plasmar en palabras sus recuerdos le impulsa sin cesar. Ahora, aunque piensa que lo escribe no tiene mucho valor, está ilusionado: "Escribo por orgullo, para dejar constancia de mi existencia", afirma. Le gusta tener esa afición y sentir que está activo.

En eso coinciden muchos de sus amigos del centro: acudir allí por las tardes a jugar la partida y a bailar una pieza les hace sentirse vivos. Se olvidan de su edad y vuelven a tener ilusión; eso es lo más importante para Antonio. Él ha aprendido a valorar sus recuerdos, pero sin que le pesen. Ha aprendido de ellos pero sin que le aten, y los recuerda entre risas, con melancolía y añoranza, pero nunca con tristeza. Él camina al frente, con la cabeza bien alta, pero lleva en su mochila miles de anécdotas que, lejos de pesarle, le ayudan a proseguir...hasta que el cuerpo aguante.

Pero lo más importante de Antonio es que tiene ganas de aprender. Hay muchos mayores que dicen ser vagos por su edad y ya no quieren aprender más...otros piensan que ya lo saben todo...no es el caso de Antonio; él afirma tener mucho que contar, pero también mucho que aprender. Le gusta que los jóvenes le pregunten como funciona un tranvía, pero escucha atento cuando un adolescente le explica qué es un e-mail. Antonio dice que lo que merece la pena es todo; lo bueno y lo malo. Dice que lo bueno le hace feliz, pero que lo malo también le sirve: el haber pasado hambre le hace valorar el pan que se lleva a la boca hoy, el haberse esforzado tanto le ha enseñado a descansar y el haber vivido tanto le ha enseñado a escribir.